



Efecto

Unicornio

pág.

3. Sentimientos suicidas

15. Efecto unicornio

25. Keith

35. Vivir de nuevo

47. Confusión

57. Campo de flores

73. Bicicletas y besos

85. El miedo

93. Los ojos en el cielo

101. Noche

113. Deseos profundos

123. La paz absoluta



Santy Goyes



Sentimientos suicidas:

Todo comenzó como comienzan este tipo de historias, con un rencor y una sensación de ahogo, y una persona con ganas de huir de su infierno. Me encontraba sentado en una esquina, bajo una vieja farola que parecía cansada de alumbrar, con el corazón roto nuevamente por intentar alcanzar los sueños que en mi inocente niñez tenía, y que eran imposibles de lograr. La intranquilidad de mi alma y los sentimientos de odio hacia mí mismo eran los principales impedimentos que tenía para lograr ese sueño. Sentía que había malgastado mi vida, que tanto aislamiento social no había valido la pena,

ausentarme de los momentos en los que pude conseguir amistad por concentrarme en luchar por mis sueños había sido en vano. Estaba solo, había fracasado.

Las más de ciento cinco mil horas de estudio no me habían dado lo que mi padre prometió que me darían. Quise ahogar todas mis penas con licor, como lo hacía mi padre, y en su honor comencé a beber, maldiciendo así a la vida, lamentando las ilusiones rotas.

Era una noche tranquila, se escuchaban los cantos de los grillos y el clima era apenas frío. El alcohol me impedía sentir el descenso progresivo de la temperatura, mientras se llevaba de a poquito mi preocupación.



Pero no era suficiente, el alcohol solo te hace soportar las penas, pero no las quita. Me sentía desahuciado, lo que ocurrió ese día fue la gota que derramó el vaso, y me cuestionaba a mí mismo sobre las cosas que valían la pena y lo que era simplemente absurdo. El problema era que nada parecía valer la pena, y solamente podía pensar en lo absurdo que había sido todo.

Mi padre solo me enseñó dos cosas en la vida, ninguna de ellas me ha hecho feliz. Sus palabras solo lograron crear un ser asocial y lleno de problemas, y culparlo nunca ha sido la solución, porque no arreglará nada. Ya el mal está hecho, ya no hay marcha atrás. Esto era lo que sentía aquella noche, mientras daba largos sorbos a las botellas. Rabia, decepción, tristeza, impotencia.



El licor no parecía suficiente, lo empezaba a notar cuando se acababa la cuarta botella y aún había un gran pleito en mi interior, culpándome por cada desgracia de mi vida. Alguien me había dicho alguna vez que el responsable de mi destino era y siempre había sido yo mismo, así que no podía parar de culparme por estar ahí tirado bajo un viejo farol, bebiendo triste y solo.

Cuando terminé de beberme la quinta botella sentí la desesperación, mi sangre se calentó de manera casi inmediata y mis brazos comenzaron a temblar. Segundos después mi cuerpo se unió al temblor, mi mente se había despejado y ya no me culpaba, ya no sentía nada. Todo parecía ir bien, hasta que llegó de nuevo un pensamiento a mi mente, y pasado un minuto volteé a ver a las



botellas vacías y sentí un impulso en mi mano que me ordenaba tomar una de las botellas y romperla, y con sus vidrios cortarme el cuello para detener de una vez esta miseria que era vivir.

El licor se había llevado el miedo y la razón, la cordura también se había perdido en el camino, y con la ausencia de estas cosas no lo dudé y rompí una de las botellas contra el suelo, sujetándola del cuello para que quedara en mis manos el arma que después me ayudaría a acabar con mi vida. Pero las cosas no salieron como lo esperaba, pues al instante en que la botella impactó contra el suelo saltaron los fragmentos de vidrio y me cortaron la piel del brazo con el que la sujetaba. Mi reacción inmediata fue quitar el brazo y soltar la botella, dejando caer la parte que aún no se



había roto, pero que se rompería también al caer al suelo.

Sentí de nuevo, volvieron a funcionar mis sentidos y pude sentir el ardor y dolor en mi brazo, y la furia que hacía latir más rápido mi corazón. Sentía, pero estaba cegado por la ira, así que quise volver a intentar llevar a cabo mi plan.

Tomé otra de las botellas y repetí el proceso, causándome más heridas e incrustándome más fragmentos de vidrio en la piel, pero esta vez no solté la otra parte. Estaba decidido, mi vida estaba a punto de terminar y no me importaba, solo quería una cosa y parecía que nada podía evitarlo.

La sangre estaba hirviendo en mis venas, sentía mi cuerpo palpar a la par de mi corazón, y me



acerqué la botella rota al cuello, decidido a hacerlo. Pero justo en ese momento apareció un hombre a mis espaldas que me tomó del brazo con el que sujetaba la botella y me la quitó, y lanzándome a un lado me encaró y me dijo:

- ¿¡Qué diablos haces, muchacho!?

Yo aún estaba consumido por la ira, mi cuerpo empezó a vibrar con más fuerza y el calor se subió a mi rostro. Le respondí con enojo:

- ¡Déjame en paz! ¡Quiero acabar con esta mierda de una vez por todas!

Me lancé hacia las botellas con la intención de intentarlo una vez más, pero el hombre me detuvo, me volvió a empujar a un lado y me dio

una cachetada que logró mover todo en mi interior y me hizo volver en mí. Entrado en razón no pude resistir y comencé a llorar, me derrumbé y me tiré al piso, el calor disminuyó y ahora un nudo se formaba en mi pecho. Las lágrimas caían velozmente por mi rostro, jamás había llorado de esa manera tan inconsolable, de verdad estaba destruido.

El hombre tomó una de las botellas que aún tenían licor y comenzó a beber, mientras se sentaba a un metro de mí sin decir nada. Yo no lo estaba viendo, pero sentía que estaba ahí, había algo que me hacía saber que estaba cerca, transmitía un aura indescriptible e inconfundible, jamás podré olvidar eso de él.



Pasaron varios minutos, ya no podía seguir llorando, mi garganta estaba seca y mis ojos cansados. Comencé a toser, y al levantar mi mirada lo vi ahí sentado, como si nada. Estaba mirando hacia el cielo, dándole pequeños sorbos a la botella, con una aparente tranquilidad en su semblante.

- ¿Quién eres? – le pregunté.

Él ignoró mi pregunta, y respondió con una pregunta hacia mí.

- ¿Por qué sigues vivo?

No entendí su pregunta, me levanté con un gran dolor recorriendo todo mi cuerpo, y continué con la conversación preguntando: